

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

*El Amor por principio y el Orden por base;  
el Progreso por fin*

---

CARTA

AL SEÑOR DON

MIGUEL LUIS ROCUANT

POR

*Juan Enrique Lagarrigue*



SANTIAGO DE CHILE

AÑO 49 DE LA ERA NORMAL

—  
1903

SANTIACO DE CHILE  
**Imprenta Franco-Chilena**

CALLE ESTADO 64

1903

---

Señor don

Miguel Luis Rocuant

Muy señor mio:

En su atenta carta me objeta Ud. esta frase de mi última publicación: «Ya no se concibe ni arte, ni ciencia, ni industria de carácter egoísta, sino altruista.» No puede convenir Ud. en que el arte ha de ser sólo altruista, porque esto, á juicio de Ud., entrabaría la libertad estética. Como nada dice Ud. respecto de la ciencia y la industria, creo que á ese respecto estaremos de acuerdo. Ahora bien, en tal supuesto Ud. aceptaría que se aplique á ellas la finalidad altruista. Si así fuere ¿por qué la rechaza en cuanto al arte donde es mas indispensable aún? La finalidad altruista da presisamente á la aptitud para idealizar su mayor eficacia. No hay arte grande, en verdad, si no es desinteresado de la propia individualidad y aspira al bien social. Fuera del altruismo, el genio estético se esteriliza.

Manifiesta Ud. temores de que el positivismo sea antiestético y que sus adeptos opinen como los que creen que

la época actual es de ciencia y no de arte, y que éste irá á menos cada vez más. Tal aprehensión no responde al verdadero espíritu de nuestra doctrina. El positivismo es tan favorable al arte que lo prefiere á la ciencia, porque si ésta sirve para conocer, aquél sirve para perfeccionar; la ciencia da nociones y el arte inspira afecciones; la ciencia ilustra y el arte moraliza, la ciencia muestra lo real y el arte eleva al ideal. Deseche todo recelo de que la Religión de la Humanidad pueda sofocar el genio estético, que desplegará, por el contrario, bajo el predominio de esta doctrina, su más alto esplendor. Como lo ha dicho Augusto Comte, la sumisión es la base del perfeccionamiento. Le citaré para comprobarlo, un caso que no querrá Ud. desconocer. Poeta, Ud. sabe por experiencia propia que las trabas del verso concurren á dar al lenguaje más concisión y armonía. Si la forma se mejora bajo las reglas métricas, el fondo se mejora también bajo las reglas morales. Combinada la belleza del pensamiento con la belleza de la expresión se realiza el ideal del arte.

Miremos un instante el pasado estético. Nunca ha sido el arte más potente que cuando se inspiraba en la religión. Lo atestiguan, sobre todo, el cantor de Gre-

cia, el de Roma y el de la Edad Media, Homero, Virgilio y el Dante. Arquitectónicamente ¿qué edificios pueden rivalizar con los templos? El Partenón de Atenas brilla entre las maravillas del arte antiguo, y las iglesias medioevales se destacan aún como los más prodigiosos monumentos. Fidias alcanzó el punto más alto de la escultura griega, creando el Júpiter Olímpico, cuya cabeza respira tan excelsa majestad. El heredero de su gloria, á través de veinte siglos, Miguel Angel, cincela su Moisés que representa con singular expresión de grandeza religiosa al legislador hebreo. En la pintura, arte más moderno que antiguo, descuella el mismo Miguel Angel y el incomparable Rafael, ambos inspirados por la fé de la Edad Media. La musica se eleva también en los templos á su apogeo, y los profundos acordes que ahí resuenan superan á todos los demás por las solemnes emociones que despiertan y la santa unción de que llenan las almas. Cuando el genio estético se aleja de la religión, ésta lo sigue y trasciende en los rasgos más felices de los artistas incrédulos, en que aparecen penetrados de serenidad y de purificación moral.

Las ocasiones de volverse escéptico se disipan con la Religión de la Humanidad

que satisface tanto al sentimiento y al carácter como á la inteligencia. Su egregio fundador, Augusto Comte, pudo instituiria gracias al sublime aliento de la más santa de las mujeres, eterno modelo de la verdadera misión femenina, que consiste en promover afectuosamente la ascensión del hombre á la cima de la virtud. Ha llegado el momento de que todos seamos creyentes con fe inquebrantable. Las dudas que minaron á la teología, nada pueden contra la sociología. Si la ciencia deshizo á Dios, ella condolidá, por el contrario, á la Humanidad, y se ve moralmente obligada á consagrarse á su servicio. Con esto la ciencia se torna, en verdad, religiosa. Olvidar que el fin último de nuestros conocimientos es la Humanidad, sería proceder de una manera antisocial. Ello no tendría excusa en nuestro tiempo. Sujeta, pues, la ciencia al sagrado imperio de la Humanidad ¿cómo había el arte de intentar desconocerlo por su parte? ¿Dónde podría llenar mejor que bajo esa disciplina augusta su misión de elevarnos al más perfecto ideal?

Todo se unifica en la Humanidad, todo se santifica en Ella, desde las más modestas funciones industriales, hasta las más altas funciones morales. Las patrias,

las familias y los individuos han de coordinarse en ese verdadero Gran Ser, para amarlo y servirlo sin cesar. En medio de las graves discordias actuales, los signos precursores de la armonía universal son cada vez más acentuados. Hay uno, en especial, que es muy característico, por relacionarse con el orden material que suele considerarse aún como inaccesible á la plena conciliación de nuestra especie. Me refiero á la admirable institución del Correo, que liga á todas las naciones en un solo organismo. A ese respecto todas ellas se sienten hermanas en la Humanidad, y se sirven recíprocamente con vivo esmero y segura lealtad. De aquí puede ya inferirse el grado de convergencia que se obtendrá en nuestro planeta, cuando la fe altruista presida la existencia del conjunto de los pueblos. Bajo esta religión definitiva, el hogar, la escuela, la fábrica y el templo se uniformarán para siempre, en el mundo entero, por el amor supremo de la Humanidad.

Renuevo mi invitación de hace algun tiempo á que Ud. medite el positivismo. El tomo de sus poesias le mereció á Ud. un cordial elogio del severo critico alemán Dr. Max Nordau, que reside en Paris. Me tocó también felicitar á Ud. por su labor estética, pero llamándolo á

inspirarse en la Religión de la Humanidad. Esto no significa que Ud. se ponga á dogmatizar en verso. No es esa la misión del poeta. Mas, si la poesia no enseña directamente, lo hace en forma indirecta. Se puede decir que ella nos elabora de ese modo el corazón. Y eso constituye la más alta de las enseñanzas, puesto que los afectos son el móvil esencial de nuestra vida. Para la verdadera educación no basta que la ciencia se transforme en filosofía, siendo necesario, además, que la filosofía se convierta en religión. La generalidad de las ideas sería infecunda si no llegara hasta la generosidad de los sentimientos. He ahí el terreno propio de la poesia, eternamente cultivable. El día que los poetas se persuadan de que su destino normal sólo pueden llenarlo en el seno de la Religión de la Humanidad, brotarán de sus pechos inspirados los más gloriosos cánticos, formando una creciente sinfonia en favor de la concordia universal.

Salud y Fraternidad.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

(Calle Serrano, 215)

nacido, en Valparaiso, el 28 de Enero de 1852

*Santiago de Chile, 1.º de Bichat de 49*

(3 de Diciembre de 1903)